

## Notas bibliográficas

Dr. Juan BOSCH MILLARES.—“Anales de la Clínica Médica del Hospital de San Martín”. Tomo I. Las Palmas, 1945, 208 págs., 8º.

Este libro representa el primer resultado de una obra hace muchos años emprendida y que constituye un honor para el Dr. Bosch y sus colaboradores. Como nos cuenta en el prólogo, después de resumir la historia del Hospital de San Martín en Las Palmas por él mismo escrita en libro aparte hace años, desde que se hizo cargo del Servicio de Medicina general de dicho hospital, comenzó una labor estadística y de registro de historias clínicas que es la base de la serie de estudios reunidos en este volumen. “Yo —ha dicho Marañón—desconfío de los médicos que no sienten la necesidad de dejar consignado, para enseñanza de los otros, la maravilla viva que es, para todo profesional, la observación de sus enfermos”; y este será el mejor elogio que podríamos hacer de la iniciativa del Dr. Bosch Millares.

Todavía tendremos que elogiar el acierto con que, al estudiar cada tipo de enfermedades, el autor hace resaltar las particularidades con que en su difusión o en su desarrollo se presentan en Canarias. Esto nos demuestra bien, como sospechábamos, que los estudios más universales presentan siempre una faceta local impuesta por el medio y en la cual a menudo reside su máximo interés, frente a las pretensiones cosmopolitas de los que a pretexto de remontarse a lo puramente humano olvidan que el hombre abstracto no existe.

Acaba el libro un último estudio titulado “Enfermedades y terapéutica de los aborígenes” que debería ser el más interesante para nosotros. En él se encierran nuevas redacciones de trabajos ya publicados y comentados aquí: *La sífilis en los guanches* y *Armas y fracturas de cráneo en los guanches*. Pero todos esos trabajos etnológicos del Dr. Bosch exigen una delicada depuración y estudio previo de las fuentes históricas en que se

basan que no debe ni puede esperarse de un ilustre facultativo enamorado ante todo de su profesión. Lo valioso en tales trabajos es ante todo la aportación técnica, pero no está a la misma altura la crítica histórica y textual. Inserta también un resumen de la clasificación antropológica de Verneau, que casi todos los especialistas admiten, pero no moderniza su nomenclatura (ese tipo "semita" es una invasión de la lingüística fuera de su campo, sólo disculpable en tiempo de Verneau).

Me ha interesado de modo particular la breve página dedicada al inquietante tema de la modorra, enfermedad a la que los antiguos cronistas atribuyen la final derrota y capitulación de los guanches. Por mi parte había llegado a sospechar que esa modorra era un invención literaria para explicar un hecho que no necesita otra justificación que la superioridad militar y cultural de los españoles. Sin duda por mi incompetencia en cuestiones sanitarias me resulte ininteligible la tesis del Dr. Bosch. ¿Puede todavía hablarse seriamente de *miasmas* producidas por los cadáveres? ¿Qué significa la conclusión de los Drs. Renaud y Jorge francés y portugués respectivamente, que identifican la modorra con la encefalitis letárgica? ¿No se nos ha asegurado que esta enfermedad del África ecuatorial está estrechamente ligada a la zona del habitat de la famosa mosca tsé-tsé? ¿Hemos disfrutado esta mosca en Canarias? También alude el autor con despectante neutralidad al "tabardillo" o fiebre tifoidea y esto sí que parece más comprensible. Aunque tal vez todo esto no ofrezca misterio para el biólogo, yo hubiese deseado que se hiciese también inteligible al simple lector y precisamente el Dr. Bosch, cuando quiere, es maestro en el arte de poner al alcance de los no iniciados los temas técnicos más abstrusos. Confío en que alguna vez lo hará en lo tocante a la modorra de los guanches.

E. SERRA

A. BRAGHINE.—"El enigma de la Atlántida".  
Buenos Aires, Edit. Losada, 1944, 352 págs., 8º.

En el tomo IX, pág. 254 de esta Revista, haciendo la salvedad de que consideramos los estudios referentes a Continentes Atlánticos como ajenos al centro de interés canario, dimos cuenta de un libro excepcional sobre dicho tema: el de los eruditos argentinos Imbelloni y Vivante, *Libro de las Atlántidas*. Es un libro excepcional, porque es obra rigurosamente científica, tan bien documentada en física del globo, como en estudios clásicos, cosas todas ellas rarísimas entre los aficionados al tema atlántico. Repetimos hoy la excepción que hicimos entonces, pero en sentido diametralmente opuesto. La obra del coronel norteamericano A. Braghiné, ahora traducida al castellano en Buenos Aires, puede ponerse como suma y compendio

de todos los errores, los dislates y pseudociencia que han proliferado copiosamente en torno del mito platónico. Resulta ya chocante que en el prefacio dedique el coronel toda una página para justificarse ante sus lectores por no haber utilizado la teosofía ni las ciencias ocultas como fuente de información sobre la Atlántida. Pero por si al contrario esto pudiera predisponernos a su favor, a lo largo del texto tiene amplio espacio para convencernos de que no ha desperdiciado página para amontonar en confuso desorden las más inverosímiles majaderías con la más intempestiva intoxicación de lecturas científicas sin digerir. En resumen, este libro debe considerarse como el polo opuesto de la interesante obra a que antes nos referimos, y a este solo título lo traemos aquí.

E. SERRA

Ventura DORESTE.—“Dido y Eneas”. Colección para 30 bibliófilos, editada por J. M. Trujillo. Núm. 19, Las Palmas, 1945.

El propio autor, Ventura Doreste, lo ha señalado en el importante trabajo que sobre *El periódico más antiguo de Canarias* ha publicado en el núm. 14 de “El Museo Canario”. Las palabras de Doreste son éstas: “Siempre ha producido Canarias dos tipos de escritores: los que se refieren constantemente a los sucesos insulares, así generales como menudos, escritores que abundan; y escritores de tendencia universalista, cuyo número es escaso y para quienes las islas son una parte cualquiera desde donde se puede otear, con admirable curiosidad intelectual, todo el vasto orbe del espíritu”.

No es éste el lugar de hacer una larga cita de los canarios de una u otra categoría; autores de tendencia universalista ha habido varios entre nosotros y, como es natural, más numerosos en épocas de tendencia universalista; tal el siglo XVIII, el movimiento de fin de siglo o el surrealismo. Los puntos que van desde el “Correo de Canarias” a “Gaceta de Arte” están en el mismo meridiano.

Ventura Doreste está bajo el signo poético del último momento español nada entroncado con los movimientos regionales, mejor dicho, “regionalistas” porque tan regional es ser “universal” como “regionalista”, toda vez que esas dos constantes literarias se aprecian en todo movimiento de esta índole. Una vez el poeta quiere ser ciudadano español o del mundo y otra vez quiere serlo de su pueblo o provincia natales.

Doreste, que es en cierto modo un poco autodidacto, lleva sus últimas preferencias por los temas clásicos. Ha habido también en las Islas un interesante movimiento de humanistas que arranca del XVII y tiene una destacada representación entre el XVIII y el XIX en la figura de Graci-

liano Afonso. A partir de la segunda mitad del pasado siglo el humanismo decae—como en toda España—aunque algún rezagado surja alguna que otra vez para reaparecer como un ejemplo de culta voluntariedad en algunos de los poetas actuales.

De autores tan sugestivos como Virgilio han dado todos los siglos su interpretación. Nos dió Fray Luis la suya en el XVI y nos han dado los poetas Vivanco y Rosales una nueva versión del siglo XX, pasando por la de Ochoa en el XIX, para no citarlas todas y evitar la obligada referencia a D. Marcelino; ahora Ventura Doreste insiste una vez más en un tema que parece inagotable, en el que beben todas las generaciones que encuentran en el prodigioso Virgilio un hontanar de eternidad: la medida de clásico que posee y por lo que justamente es clásico.

Se detiene Doreste en el celebrado canto IV de la *Encida* y en el dramático trance del amor apenas contenido de la hermosa Dido; del rendimiento y partida del héroe Eneas, episodios que Doreste resuelve en 18 octavas reales, muy correctas, metro típico desde los italianos para la expresión épica.

Pero aunque el intento del joven poeta canario es un laudable esfuerzo, la verdad es que tan alto y peligroso tema ofrece unas dificultades que sólo pueden resolverse satisfactoriamente envolviendo lo narrativo con el viento dramático que aquella “enferma de amor” inyecta en su hondo problema sentimental. Empresa de vuelos remotos y en la que las generaciones tienen algo que decir siempre; nada extraño tiene, pues, que sea muy esforzada y dificultosa para los nuevos pasos juveniles del poeta, que nos parece ha echado sobre sus hombros una carga todavía posada y dura para ellos.

M. R. A.

Pedro LEZCANO.—“Poesía”. Colección para 30 bibliófilos, editada por J. M. Trujillo. Núm. 10, Las Palmas, 1945.

De nuevo nos ofrece Pedro Lezcano otro cuadernito poético que trae ahora mejores y mayores alientos que sus *Cinco poemas* anteriores y de los que dimos cuenta a los lectores. Tres sonetos, dos elegías y una composición, acaso también una elegía, integran la última edición de Pedro Lezcano. Los sonetos tienen el pulcro aire de la garcilasiana moda al uso. A veces nos hemos preguntado si cuando se estudie este último movimiento poético del siglo XX en torno a la significación de Garcilaso, alguien no nos hablará de que la generación garcilasista es al poeta toledano lo que un Fray Diego González en el XVIII es a Fray Luis de León en el XVI. Claro que hay aquí, como en el XVIII, un lenguaje poético generacional

distinto: la sangre, la carne, el tacto, las referencias sensoriales, la voz... Un detenido recuento del léxico de los "garcilasistas" daría una alta condensación en donde tales voces sumarían un mar de corales.

El soneto de 15 versos lleva el "made in" de la escuela desde el comienzo al fin:

Todo recuerdo de mi sangre ausente  
y todo tacto de mi piel...  
... ..  
Ante el milagro de tu voz, la mía  
ha olvidado la norma del soneto.

Alguna vez la huella remota del ejemplo clásico asoma, como en este verso del soneto *Tus labios*: "ese lugar en fruto que convida", tramsunto del "la dulce boca que a gustar convida" gongorino. En general, esos "escalar la cintura de tu rama" y el "fuste sin corazón" de los sonetos segundo y tercero tienen un corte muy de soneto clásico.

Lo mejor de la *Elegía a mi perro y a mí* es, sin duda, los dos últimos versos:

Yo era apenas el sueño de mi perro,  
perro sin amo ya. Y amo de nada.

De emotivo sabor neorromántico, dentro de los cánones formales al uso, es el poema *Para mi madre*, donde la honda virilidad tierna del poeta emerge en unos elegantes alejandrinos prestigiados con valor de personal biografía íntima. Junto al conceptista, "sombra asombrada de su sombra", va el lamento elegíaco donde la garcilasiana y escultórica yedra cobra ahora valor de ahogado epitafio:

¡Oh madre de anchas faldas de rumor ignorado!  
Nací a tus treinta años como una yedra insana...

De menor acierto es la *Elegía* final para Antonio González, muerto en 1944. El terceto penúltimo desarrolla bien poco airoosamente el prodigioso poema de Salinas: "¡Qué paseo de noche / con tu ausencia a mi lado!" de *La voz a ti debida*, pero todo ello no es óbice para que en Pedro Lezcano apunte un futuro buen poeta, siempre que la diosa Inspiración o el "demonio" poético sople su predestinado instinto.

Sin que sepamos bien por qué razón, este cuaderno de Pedro Lezcano lleva número 10 de la Colección de Bibliófilos, siendo así que este número corresponde a *Un cartujo de aula Dei*, de Jiménez Hernán, ya reseñado en estas páginas.

M. R. A.

P. Juan GONZÁLEZ DE MENDOZA.—“Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran Reino de la China”. Edición, prólogo y notas por el P. Félix García, O. S. A. (Vol. II de “España Misionera”). M. Aguilar, editor. Madrid, s. a., pero noviembre de 1944.

El Consejo Superior de Misiones, activo, eficiente y, a pesar de su corta vida, ya lleno de méritos, ha reimpresso en su colección de “España Misionera” la *Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran Reino de la China*, del P. Juan González de Mendoza, O. S. A., con un valioso prólogo y multitud de notas del ilustre P. Félix García, gloria auténtica de los actuales agustinos españoles y orgullo de la cátedra sagrada contemporánea de nuestra Patria.

Por el título con que ahora se da nuevamente a la estampa, difícilmente se podría sospechar que en sus entrañas se escondiesen noticias sobre nuestras Islas; pero, en su edición príncipe (Roma, 1585), después del largo título y dedicatoria, se indica que la obra concluye *Con un Itinerario del nuevo Mundo*, y estas palabras nos explican por qué nuestro Archipiélago tiene su lugar señalado en la obra del P. González de Mendoza.

En realidad, el *Itinerario del nuevo Mundo* no es un apéndice postizo que se añadió a una obra principal. Forma cuerpo con ella y ocupa el cuarto de su extensión total como libro tercero, y último, de los tres que componen la segunda parte de la obra.

El P. Juan González de Mendoza, futuro Obispo de Lipari, en Sicilia, y, luego, de Chiapa y Popayán, en las Indias, señala las fuentes de conocimiento de que se valió en esta parte de su obra y dice fundar sus asertos tanto en “lo que él ha visto como por relación verdaderísima que tuvo de Religiosos Descalzos de la Orden de San Francisco, que lo anduvieron todo el año de 1584”.

Es precisamente en el capítulo I del libro tercero de la segunda parte “De la causa que hubo para que a estos Religiosos mandara Su Majestad ir al Reino de la China, y de su embarcación y llegada a las Islas Canarias”, que ocupa las páginas 299 a 303, ambas inclusive, de la edición que comento, donde se habla de nuestra tierra.

Comienza el P. González de Mendoza señalando que de Sanlúcar y de Cádiz es “de donde de ordinario salen las flotas y naos para ir a las Indias Occidentales” y que éstas, caminando “siempre al Sudeste” (nótese la errata por Sudoeste), se topan al cabo de “ocho o diez días” de “mar muy brava” y “olas muy grandes” con las siete Islas que “llaman el día de hoy nuestros españoles las *Canarias*” y que “los antiguos llamaron *Afortunadas*”.

Sigue con la descripción de la Isla de Tenerife y especifica que “al Poniente de ella, y al cabo está una sierra llamada por nombre el Pico de Pereyra”. (*Terreyra* y *Terreyra* escribió Bergeron por *Teide*, achacando la apelación a los españoles; el *Pereyra* de esta edición de la *Historia* del P. Mendoza no puede ser sino otra errata). Trata seguidamente de las dificultades para subir al Pico y, con este motivo, emplea una imagen muy notable por lo verdadera: “En la cumbre (del Teide) hace una como plaza muy llana y donde, puestos algunos, cuando la mar está sosogada y en calma, ven todas las siete islas referidas, y parece cada una de ellas un barrio pequeño, con estas algunas de ellas distantes más de cincuenta leguas y tener otras tantas de circunito”. Transmite aquí el P. González de Mendoza un dato interesante, a saber: “que es esta sierra del Duque de Maqueda, por particular merced de Su Majestad”, lo que valdría sin duda buenos ducados de renta porque “se coge en la cumbre de este cerro toda la piedra azufre que de aquella Isla viene a España, que es en mucha cantidad”.

Se refiere después a la milagrosa imagen de la Candelaria y a su aparición a los “guanchas”, que así llama a los guanches.

El Dr. Serra me llama la atención sobre este pasaje del P. González de Mendoza que sería la primera versión impresa que, hasta ahora, se conoce del tinerfeño prodigio mariano. En efecto, el clásico y generalmente admitido relato de Fray Alonso de Espinosa es de unos años posterior (1594), además de diferenciarse del de Mendoza en circunstancias accidentales.

En cambio, el de Frei João dos Santos—que puede verse en el núm. 65 de *Revista de Historia* (Comunicación de Luis Diego Cuscoy)—es una verdadera traducción al portugués de los párrafos del P. González de Mendoza. Es curioso señalar que Frei João dos Santos, siendo dominico, no se inspira en Fray Alonso de Espinosa, que también lo era; mientras que toma por modelo al P. González de Mendoza, que profesaba en la Orden agustiniana; pero si pensamos en lo rápidamente que desaparecieron de la circulación los ejemplares de la obra del P. Espinosa, no nos extrañará que siguiera al P. Mendoza, de cuya *Historia de la China* se habían publicado desde 1585 hasta 1606, en que sale a la luz primera la *Etiópia Oriental*, de Frei João dos Santos, cuarenta ediciones tanto castellanas como latinas, italianas, francesas, alemanas, inglesas y holandesas.

Pero es que también Frei João dos Santos pudo, quizá, encontrar la relación del P. González de Mendoza en el *Itinerario* del franciscano Martín Ignacio.

El P. González de Mendoza nos dice que para esta última parte de su *Historia de la China* utilizó la relación que el P. Martín Ignacio había hecho de la vuelta al mundo dada por él y otros seis religiosos franciscanos. Precisamente el P. Martín Ignacio rinde viaje en Lisboa pocos meses antes de que Frei João dos Santos profesara en la Orden dominicana.

¿Se sirvió el dominico portugués del *Itinerario* del franciscano o de la *Historia* del agustino?

Para tratar de decidir la cuestión se necesitaba el texto del P. Martín Ignacio y rogué a mi muy erudito amigo D. Miguel Santiago me hiciera una copia del manuscrito del *Itinerario* que existe en la Real Academia de la *Historia* de Madrid.

Este manuscrito tiene la signatura A. 70.—*Colección Muñoz*.—Jornada al Dorado... T. 43.—Núm. 3, fols. 83 y siguientes. No es, por desgracia, un autógrafo de Fray Martín Ignacio, sino una copia del siglo XVIII colacionada y cotejada por D. Juan Bautista Muñoz.

Declara el propio Muñoz que: "El manuscrito de que se ha tomado esta copia lo posee en Sevilla el Conde del Águila, en un tomo en 4<sup>o</sup>, perg. letra como de principio del siglo pasado [es decir, del s. XVII]".

"No tiene título, sino el siguiente en el dorso: *Itinerario del P. Fray Martín Ignacio*; el qual en la obra es llamado Custodio de la Orden de los Franciscanos Descalzos, de quienes salieron de Sevilla siete, bajo la obediencia de Fr. Martín, al parecer con designio de ir a plantar el Evangelio en la China, lo qual hicieron con manifiesto peligro de su vida, saliendo de Cavite en Junio de 1582".

"Válese también de noticias de otros particulares, i de libros impresos".

"No hallo nombrado el autor, que acaso es alguno de los compañeros del Custodio. Escribió en tiempos de Felipe 2<sup>o</sup>, poco después de 1583, año en que Fr. Martín, restituído a España, intenta juntar cooperarios para bolber a su primer propósito, según aquí se refiere como de tiempo presente".

"Se cotejó".

"Lisboa, 1 de Junio de 1785".

"Muñoz". (Firma autógrafa).

Como se ve, Muñoz no sabe quién es el autor del *Itinerario* el día 1<sup>o</sup> de junio de 1785; pero, pasado poco más de un mes, vuelve a hacer una anotación:

"Después he visto este *Itinerario* al fin de la *Historia... de la China*, del maestro Fr. Juan González de Mendoza, Agustino (que es también quien escribió el *Itinerario*), impresa en Anvers, 1596, 8<sup>o</sup>. Si bien hai algunas variedades entre impresa i Ms., las quales van anotadas en este traslado, compulsado por mi en Lisboa, 6 Julio, 1785".

"Muñoz". (Firma autógrafa).

Y, en efecto, la copia de Muñoz es casi idéntica a la parte correspondiente de la *Historia* de González de Mendoza.

El manuscrito de la Academia de la Historia, pues, no nos ha sacado de dudas y Frei João dos Santos tanto pudo traducir a González de Mendoza como a Martín Ignacio. Por otra parte, no hay que olvidar que el P. Juan González de Mendoza declara que el *Itinerario* de su *Historia*

contiene muchas cosas "dichas, *escriptas* i referidas del mismo Padre que las vió todas, llamado Fr. Martín Ignacio, etc." (1).

De todas formas—y ya sea debido a Fray Martín Ignacio o a Fray Juan González de Mendoza—el texto referente a la aparición de Nuestra Señora de Candelaria en Tenerife es de un interés excepcional y me ha parecido que los estudiosos agradecerían conocer *in extenso* el trecho correspondiente.

He preferido reproducirlo del manuscrito de la Academia de la Historia, más difícil de consultar que el impreso, aunque señalo cuidadosamente todas las variantes contenidas en el último, que llamaré F. G.:

"En esta dicha Isla de Tenerife hai una Imagen de Nuestra Señora, que ha hecho i haze muchos milagros, i se llama ella i la Iglesia a [falta esta "a" en F. G.] donde está, Nuestra Señora de la Candelaria; i es Monasterio de Religiosos de Stº Domingo. Está como cinco leguas de la Ciudad de San Cristóbal [de La Laguna, en Tenerife]. Esta santísima Imagen apareció en aquella Isla en tiempos [F. G. "en tiempo"] que era de Gentiles, i mucho antes que los Cristianos fuesen a ella; cuya invención [F. G. "intención", seguramente por errata de imprenta] i aparecimiento fué de la manera siguiente:

"En una cueva, que el día de hoy es Parroquia, donde acostumbraban los pastores guarecerse de las aguas i otras inclemencias del cielo, i meter sus cabras (que era el ganado que en aquel tiempo había en aquellas (fol. 87r, olim 84r) Islas, de lo qual hasta el día de hoy ha quedado mucha abundancia), yendo un día un pastor dellas a meterlas en la dicha cueva, las cabras se espantaron de una gran claridad que vieron en lo interior della, i bolvieron con gran furia a salirse a lo raso i claro, con tanto temor que no pararon en muy gran distancia. Pues como el pastor, viendo esta novedad, entrase en la cueva para entender quién la había causado, i, después de vista la claridad i bulto [F. G. "y el bulto"], tomase una piedra i acometiese [F. G. "acometióse"] a tirarla acia ella [F. G. "hacia allá"], quedóse el brazo muerto i la piedra en el puño dél: que todo lo que duró la vida estuvo cerrado, en testimonio del milagro.

"Sabido ésto por los moradores de las dichas Islas, la comenzaron a tener en grandísima [F. G. "en muy grandísima"] veneración, llamándola "Madre del Sol". La qual devoción ha quedado i está viva el día de hoy en todos los Naturales, a quien los Españoles llaman "Guanchas", i la adoran tanto como al mesmo Dios, haciéndole cada año, el día de la Candelaria, gran fiesta, en la qual cantan i bailan i hacen otras muchas cosas de muy gran regocijo i fiesta".

---

(1) Fol. 163v, olim 160v, del manuscrito de la Academia de la Historia. En la edición de la *Historia de la China* que comentamos (1944) sólo dice: "...dichas, en sustancia y relación, del mismo Padre que las vió todas, llamado Fray Martín Ignacio, etc."

Para terminar con este episodio de nuestra Patrona, quizá no sea inútil recordar otro texto sobre el mismo tema de principios del siglo XVII, debido a la pluma de Cayrasco Figueroa, uno de los poetas canarios más famosos del siglo de oro, si por todos elogiado, por casi nadie leído. El "divino" Cayrasco sigue la versión de Fray Martín Ignacio, del P. González de Mendoza y de Frei João dos Santos.

Hablando de la isla de Tenerife, Cayrasco dice:

Al tiempo que los Barbaros Gentiles,  
Que en esta tierra Guanches se llamauan,  
Sus causas criminales y ciuiles,  
Segun su antigua ley determinapan:  
En exercicios nobles, o seruiles  
Con gran tranquilidad se sustentauan,  
A la orilla del mar en una cueua  
Acontecio una cosa estraña y nueua.

Y fue, que auiendo un Guanche apacentado  
Vn rebaño de cabras que tenia,  
En la obscura espelunca, su ganado  
Pretendio recoger como solia:  
El qual entrando dentro alborotado  
Sin poderle tener fuera boluia,  
Desto enojado el Barbaro atreuido  
Arrebata vn guijarro empedernido.

Y viendo dentro de la cueua un bulto,  
Sacando hazia atras el pie derecho,  
Alça el gallardo braço, y con tumulto  
Quiso tirar, del tiro satisfecho;  
Pero si huuiera vn año, que sepulto  
Aquel braço estuuiera, tan contrecho,  
Y de virtud tan falto no quedara  
Antes que la cruel piedra soltara.

La fuerça de los neruios se le encoge,  
Y la carne en vn punto se le seca,  
La sangre fria al cuerpo se recoge,  
Y el fuerte brio en gran pavor se trueca:  
Lleno de espanto el misero se acoge,  
Sospechando que paga por do pecca  
Salieronle otros muchos al encuentro,  
Que lleuandolos el, entraron dentro.

Do vieron de madera bien tallada  
 La imagen de la Reyna esclarecida,  
 Que fue luego de todos venerada,  
 Puesto que de ninguno conocida;  
 De oro y azul la ropa era labrada,  
 Y de Goticas letras guarnecida,  
 Hermosa, honesta, graue, y muy contenta  
 Como quien tal Señora representa.

Ora del alto cielo decendiesse,  
 O alli el poder de Dios la fabricasse,  
 Ora de alguna nao que se perdiessse,  
 Y en esta parte el viento, y mar la echasse;  
 Ora de algun lugar sagrado fuesse,  
 Que por milagro alli se transportasse,  
 En fin de qualquier modo que aya sido.  
 Fue portento de Dios, por tal tenido.

Vn Barbaro de aquellos, con denuedo,  
 Por experimentar si viua estaua,  
 Con pedernal le fue a cortar vn dedo,  
 Y pensando el gentil que le cortaua,  
 Cortosele a si propio, y tan gran miedo  
 Desto el pueblo Gentilico tomaua,  
 Que nadie se atreuo de alli adelante,  
 Ni aun a tocar la ropa roçagante.

De aquella gente Barbara y antigua  
 Con gran veneracion fue respetada,  
 Y aunque al primero parecio estantigua,  
 De todos fue despues reuerenciada:  
 Porque de gente en gente se auerigua  
 Que junto al mar con lumbres fue hallada  
 Do andar la Imagen, y las lumbres vieron  
 Y cantares Angelicos oyeron (2).

---

(2) Templo Militante / Flos Sanctorum, / y triumphos de sus / virtudes. / Dirigido a la M. C. del / Rey Don Phelippe N. S. Tercero / deste nombre. / (Escudo real de España) y a sus costados: Año 1615. / Por Don Bartolomé / Cayrasco de Figueroa, Prior, y Canónigo de / la Iglesia Catedral de Canaria. / Primera y Segunda Parte. / Con las licencias necesarias, y Priuilegios Reales de / Castilla, Portugal, y Aragón. / — / Em Lisboa, por Pedro Crasbeeck. / (El título encerrado dentro de una orla con escenas religiosas). Pág. 133, 2<sup>a</sup> col. y 134, 1<sup>a</sup> col.

Otra de las "cosas muy particulares" que encierran las Islas es la "continua maravilla que, a mi juicio, es de las mayores del mundo", producida por la constante destilación de "una agua muy clara y sutilísima" que lleva a cabo "un árbol grande y no conocido ni visto jamás en otra parte del mundo, cuyas hojas son angostas y largas y están perpetuamente verdes como una hiedra, sobre el cual árbol se ve una nube pequeña y que jamás se aumenta ni disminuye" que existía, al tiempo del P. González de Mendoza, en la isla del Hierro, "que es de las mayores o la mayor de las siete" islas, según dice, con evidente error, el curioso misionero.

No podría hablar de nuestra tierra el P. González de Mendoza sin mencionar la isla de San Borondón, la isla que "han ido infinitas veces nuestros españoles de intento a buscar y nunca jamás la han hallado"; pero que si tantas veces ha sido vista desde Canarias, ha exitido impedimento para encontrarla, por la violencia de las corrientes, por la pequeñez de la isla o por estar cubierta de grandes nieblas. Estas causas harían imposible, a los que habitaban fuera de ella, el lograr abordarla; pero no podría ser inconveniente "para los de la misma isla, que alguna vez hubiera alguno salido por algún suceso a las circunvecinas y hubiera sido visto y declarado el misterio; de donde colijo que esta isla es imaginaria o encantada".

Termina el capítulo citando a Gran Canaria "en la cual hay Obispo e Iglesia Catedral, y Consejo de Inquisición, y Audiencia Real, de donde depende el gobierno de todas las otras seis", no sin que antes dijera "que el temple y cielo de todas ellas es extremado y que son muy abundantes de todos los mantenimientos necesarios para la vida humana, y se coge en ellas mucho trigo y vino y otras legumbres, y se hace mucho azúcar y se crían asimismo muchos ganados y muy buenos, y en especial camellos, que los hay en abundancia. Valen todos los mantenimientos de muy buenos precios y menores que en España. Todas estas siete islas están pobladas de españoles, que viven regaladamente, entre lo cuales hay el día de hoy algunos naturales de los guanchas ya dichos, que están muy españoles".

En cuanto a las notas, el P. Félix García ha tenido, en este capítulo, varia fortuna. Es cierto que señala las deficiencias geográficas del texto del P. Mendoza, que identifica el sedicento "Pico de Pereyra" con el "gigantesco y solitario pico del Teide", que apostilla la denominación de Islas Afortunadas con atinadas consideraciones sobre la razón por la cual se llamaron también "Purpurinas o Purpurarias" y que subraya modos, hoy en desuso, empleados por su ilustre compañero en Orden, como por ejemplo "tomase una piedra y acometiése a tirarla hacia allá", o cuando señala la belleza del vocablo "españolados" pero, en cambio, es difícil sos-

tener que “fué una flota tripulada por vizcaínos los que en 1393 penetraron los primeros en aquellas Islas”; asimismo, la denominación de “guan-chas” para designar a los naturales de Canarias durante los siglos XV y XVI es excepcional, diciéndose normalmente “guanches”, “guanchos” o “guanchez” y entonces—como ahora se vuelve a hacer—se reservaba este nombre para los naturales de Tenerife, sin generalizar la apelación, como se hizo abusivamente en el siglo XIX, para todos los primitivos habitantes del Archipiélago.

Tampoco se puede identificar con el drago el Árbol Santo del Hierro (el conocidísimo “Garoé”, el discutido árbol cuya existencia fué puesta en tela de juicio y hasta negada, entre otros, por el eminente crítico benedictino P. Feijóo), aunque, como conocen los lectores de *Revista de Historia*, no es sólo el P. Félix García quien ha cometido esta inadvertencia, pues, no hace muchos años, cayó también en ella el erudito italiano Camillo Manfroni.

El libro, por otra parte, va enriquecido con preciosas ilustraciones y el facsímil de la portada de la edición original de la obra.

Hemos de agradecer tanto al Consejo Superior de Misiones como al P. Félix García—que ha cuidado con esmero la impresión de la obra, valorándola, como he dicho, con un excelente prólogo y profusión de notas de gran erudición y exquisita sensibilidad artística e idiomática—por haber puesto al alcance de los amantes de lo canario un texto del siglo XVI, escasamente conocido por injustamente olvidado, que de modo tan directo nos interesa.

**Emilio HARDISSON**

Madrid-Oporto, 1945-46.

**Tomás ARROYO CARDOSO** (“El mago del Pinar”).—*Esbozos de mi paleta*. Las Palmas de Gran Canaria, 1945.

Tampoco es joven el poeta Arroyo Cardoso, aunque sí novel, toda vez que este cuaderno es su primera publicación poética, a menos que sepamos. Nacido en Las Palmas, D. Tomás Arroyo no es un subjetivista como el poeta Cabrera Melián; su tono es narrativo, paisajístico. Los ocho sonetos de *Esbozos de mi paleta* son, efectivamente, cuadros de género, de un paisaje de invierno campesino al amor de la lumbre, junto al perro. Otras veces es una descripción pictórica de la tarde con sus nubes rojas o plumizas. Dioses antiguos: Osiris, Diana, Helios o Apolo ponen el punto y coma a esta sencilla poesía bucólica.

**M. R. A.**

Matías GONZÁLEZ GARCÍA.—“La esperanza que presiento”. Colección para 30 bibliófilos, editada por J. M. Trujillo. Núm. 4, Las Palmas, 1944.

Veinte años tiene aún el mozo y nos ha brindado en su cuaderno cinco sonetos, una composición y más una elegía en verso blanco. Por dificultades editoriales sale este número 4 de los “bibliófilos” mucho después que otros.

Los sonetos (aunque con algún mal sonante endecasílabo como en el III: “levanta, el sol nace, ya amanece”) bien correctos y, en el fondo, la agonía de la isla de Fuerteventura que aprieta en el eterno y unamunescopanorama:

¡Qué soledad tan desilusionada!  
¡Qué anhelar y soñar inútilmente,  
al ver pasar, tan silenciosamente,  
nubes y luna sobre el mar, la nada!

Fuerteventura es “blanda piedra de cal”, “potro de tormento”, “pan amargo sin sal ni levadura”, “tierra desolada”, “paraíso de arcángeles dementes”...

En esta tierra el poeta canta—¡a los veinte años!—un hondo drama personal pero sin la desgarrada voz del romántico, sino con la melancolía elegante del espíritu mesurado y hondo:

Muda y cansada llega la amargura  
—muerto rumor del mar sin movimiento—;  
el sol arde en el cielo; es el momento  
de enterrar para siempre la aventura.

Alguna vez, tras el ilusionado paréntesis del “imaginado amor”, creemos oír el eco de la voz de “Alonso Quesada”:

¿Por qué soñé, Dios mío, otro camino,  
otra luz, otro puerto, otro horizonte?  
El desengaño, silenciosamente,  
me va royendo poco a poco el alma.  
... ..  
Las rosas negras del fracaso brotan  
en mi desmantelado y triste huerto.

De gran delicadeza es la elegía final a una paloma. Desde la fina elegía de Catulo, pasando por los poemas de Francisco de la Torre, los poetas

han cultivado la emotiva anécdota de cantar determinados animales. Todos las escuelas poéticas han trazado esta especie de "bodegón literario" conforme a sus puntos de vista. Esta muerta paloma que lloran las hermanas del novel poeta yace, fría, "con las alas caídas en el barro".

¿Acaso Dios no tiene  
un cielo para ti, dulce paloma?

Tan delicado animal, de alta simbología en el cristianismo, hace pensar al poeta:

¿Es posible que mueras,  
sin esperanza de una vida nueva?

El poeta no increpa a las "malae tenebrae" del pájaro de Catulo, aquel que marcha "por el camino tenebroso, por donde aseguran que nadie vuelve"; más fortunosa esta feliz paloma no tendrá un doliente coro de amorcillos, sino de amantes ángeles:

Tú también tendrás gloria  
de ángeles colombófilos ingraves.  
Tu puesto está seguro  
sobre el hombro de Dios, padre de Todo.

M. R. A.

F. M. D.—"La Universidad de Canarias".—  
"Cisneros", núm. 11, págs. 41-46; Madrid. 1946.

Es tan desusado que los problemas canarios se susciten fuera de nuestra región, que siempre es de agradecer que alguien se acuerde de nosotros. Así, gratamente sorprendidos, hemos leído un artículo con el título y en la revista que encabezan esta nota.

El para nosotros anónimo autor F. M. D. ha hecho un artículo en extremo agradable, en cuanto a la forma, y de honrado y laudable contenido. No parece que F. M. sea canario, ni que haya visitado nuestras Islas. Con un conocimiento tópico y literario del Archipiélago, enhebrado en la galanura de un estilo desenfadado, nos habla de Unamuno y de San Borondón, del contenido general de la Universidad española y del problema concreto de la Universidad canaria.

Nosotros no compartimos plenamente el enfoque del problema universitario de Canarias tal como nos lo presenta F. M. D. Pero es la primera

vez que una revista universitaria de Madrid se ocupa con amplitud de nuestra Universidad. Sea ello como fuere, esta actitud es muy de agradecer, y, sinceramente, la agradecemos.

La Universidad de La Laguna tiene una historia y un pasado que inquestionablemente gravitan sobre el presente. Cierto. Pero el presente de esta Universidad, por encima del problema de decoro que su instalación material demanda, es el problema—aquí más agudo acaso—de cualquier Universidad provinciana española.

La Universidad, en nuestro concepto, es una institución que lleva en sí el principio de su existencia y acción y que tiende por sí misma a su fin propio. Y no hay plenamente Universidad por el hecho de que se llame así a un sucedáneo que no llene adecuadamente estas funciones.

J. R. P.

Ricardo LEZCANO.—“Tierra anticipada”. Colección para 30 bibliófilos, editada por J. M. Trujillo. Núm. 9, Las Palmas, 1945.

Cinco sonetos, un poema en serventesios asonantados y una elegía en metro parecido componen esta *Tierra anticipada*, de Ricardo Lezcano. Un fondo de común unidad une todas las composiciones: la preocupación por la muerte en esta quevedesca hora del centenario en la que Ricardo Lezcano ha puesto la grave nota melancólica, tan típica de la generación del autor de *Los Sueños*, cuando tumbaban ya las sombras y casi no había ya “sol en las bardas”. Imágenes algunas triviales de la poesía se remozan con gran elegancia en el endecasílabo de Lezcano:

Cómo me cercas, muerte, tenazmente.  
Te me acercas con pie de mariposa,  
saltando desde el cardo de una fosa  
al borde encanecido de mi frente.  
Me deshojas la vida, lentamente,  
como a una vaga e ilimitada rosa...

Alguna vez el vocablo da su chirrido en el carril del cuarteto, tal la palabra “pactos” y “pauta” dos veces usada en el soneto V. Otra vez ¡es el endecasílabo forzado: “caeré sobre tus dos manos abiertas”, de la composición VI, que glosa otra de aquel gran novio de la muerte que fué “Alonso Quesada”.

Muy hermosa y bien resuelta la última composición con imágenes del cuño actual, de ese cuño del participio pasivo: “ocaso anticipado”, “vuelo

desplomado", del adverbio en "mente", puesto tan en moda desde el lejano *Abril* de Rosales y con los vocablos que no pueden faltar: "tacto", "voz", "latido", etc.

Y no queremos formular un estudio estilístico de la escuela, buen tema para la tesis de un futuro doctor, sino insinuar con levedad la forma expresiva de la misma. Ricardo Lezcano en esta promoción resuelve con gran aire sostenido su mensaje poético. El amigo muerto sumido panteísticamente en el paisaje es sentido así:

Creerte un brote más en esta tierra  
que pare manantiales y corolas.  
Rimar esta tu ausencia que me aterra  
con el ritmo suave de las olas.

Sentirte circular bajo mis pies  
por las hondas arterias de los mares.  
Ver tu mano en el logro de la mies  
y tu responso en alas de cantares.

Tampoco sabemos por qué este cuaderno lleva el número 9 de la colección que ya correspondió al cuaderno del propio autor, *El árbol plantado*, y del que asimismo nos ocupamos ya. La colección así pierde valor bibliográfico. Aviso a los fanáticos del "coleccionismo" que hay dos números 9 y dos números 10 en tal pulcra y hermosa obra como esta "Colección para 30 bibliófilos", empañada con tan notoria falta como la que apuntamos.

M. R. A.

José CABRERA MELIÁN.—"Lo ideal en lo real". Colección para 30 bibliófilos, editada por J. M. Trujillo. Núm. 18, Las Palmas, 1945.

José Cabrera Melián es un veterano poeta de Las Palmas que en 1929 publicó en Madrid su libro de versos *Crepúsculos*. Aquel libro llevaba poesías fechadas en 1912 y podía encuadrarse al autor entre los epígonos del postromanticismo. La primera parte era una glosa de la poesía becqueriana, demasiado directa alguna vez y, en general, asunto, metros, léxico—en el que no faltaban la "tristura" ni "el bardo"—eran de cuño más que romántico, sentimental, de un fácil lirismo erótico en el que la amada, deseada unas veces y poseída otras, ocupaba el centro de casi todas las composiciones, si exceptuamos unas cuantas del *Intermedio festivo*, de poco acierto; pero tanto el libro primero ("amanecer") cuanto el segundo ("tardecer", sic.) pertenecen a un poeta de otro tiempo y ambiente.

El poema único que compone este cuaderno 18 de los bibliófilos, está

directamente entroncado con dos del libro *Crepúsculos* y titulados *Vigilia* y *Reminiscencia*. Idéntico motivo sepulcral del ser femenino que se presenta al poeta y muy del gusto del mundo romántico que nos hace pensar en "la pobre Elvira" esproncediana, trasmutada aquí en un ente simbólico.

Con mayor seguridad expresiva el autor—más narrativo ahora—nos hace presenciar el espectáculo de animar unos huesos y al cubrir la figura de un ideal femenino increpa al poeta por su olvido, dejándolo en un mar de preguntas y dudas ante un misterio que puede ser un mensaje o una fantasía.

Al turista ingenuo le suele sorprender que en la gran población, junto a la moderna calle de edificios con ascensor exista el viejo cuchitril alumbrado con gas. Tiene su encanto de superviviente el cuchitril y hasta los artistas de lo "típico" le encajan su poema o su acuarela o su prosa "costumbrista". Que en nuestra época encontremos todavía poesía como esta que aludimos, tiene también su tipismo provincial.

M. R. A.

**"Gran Canaria. Guía pintoresca". Edición de la Junta Provincial de Turismo de Las Palmas; impreso por Gráficas Viladot, Barcelona, s. a. [1945]; 28 págs. de texto y huecograbados Offset, un mapa plegado y cubiertas a todo color.**

Con un atento saludo del Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia de Las Palmas, Presidente de su Junta de Turismo, recibimos un ejemplar de la reimpresión, apenas alterada, de la tan acertada *Guía pintoresca* de la vecina Isla, publicada ya hace algunos años. Todo lo más bello o más impresionante de los paisajes y rincones de Canaria aparece ante los ojos del lector hábilmente destacado y comentado con sobriedad, pues esta Guía es, como deben ser las destinadas a un fin de propaganda, un bonito álbum fotográfico antes que una densa acumulación de datos más o menos útiles. Pero también el breve texto colabora al objeto buscado: una introducción prehistórica despierta la curiosidad sobre la vida de los aborígenes—a los que la Guía llama "guanches"—y luego un recorrido geográfico y pintoresco ayuda e interpretar las fotografías. Una alegre cubierta sirve de sugestiva presentación del cuaderno, un acierto indiscutible de la activa Junta Provincial de Turismo de la vecina Isla. ¿No convendría aquí renovar y actualizar aquella Guía de Tenerife que publicó nuestro Cabildo en 1927? Representó un considerable esfuerzo y tampoco le negaremos aciertos (aquel repertorio bibliográfico que contiene es un verdadero trabajo erudito) pero probablemente excedió sus particulares fines y esto en cuanto a propaganda es un defecto.

**Cristóbal RAMOS RUIZ.—“Cachimba”. Poesías. Las Palmas de Gran Canaria, 1945.**

Nuestro deseo es registrar todo el movimiento poético de las islas, tenga el valor que tenga. El autor de *Cachimba* (nombre del perro que merodea por los alrededores del Sanatorio de Las Palmas) ha escrito estas cosas—en total, 18 composiciones—por mero pasatiempo en unas horas, por lo visto, de angustia y mala salud. Y como la intención del autor es buena, registremos su cuaderno poético entre la respetable cantidad que la vecina isla redonda nos ha disparado este año. Después de todo, 15 o 20 poetas en una población de 150 mil habitantes—poco más o menos—no es tampoco mucho.

M. R. A.

**Luis GARCÍA DE VEGUETA.—“Las nubes y el tiempo”. Elegía serena. Barcelona. Edición para amigos. 26 págs. en 4º. Talleres de A. López. 1945.**

Una honda desgracia familiar produce en sus entrañables componentes profundo y agudo sentimiento. En las sociedades primitivas la expresión del dolor es un rito y una ceremonia más; las plañideras oficiales lloraban las virtudes del muerto; sus vestiduras rasgaban las mujeres y todavía en nuestros campos hay que tirarse al suelo y mesarse los cabellos cuando el ser querido navega ya en el misterio. Pero el alma del hombre no es siempre la misma y también tiene su historia; del rito primitivo al callado y sereno dolor del alma que pierde al ser que mucho ha amado, va un enorme ciclo espiritual y de cultura.

¿Es lícito y sincero que el dolorido contenido de conciencia que nos produce la muerte de un ser se trasmute en un producto literario? En unos seres sí y en otros no. El alma de Jorge Manrique—hijo y plañidera—estuvo potenciada para transformar su humano dolor en pieza literaria “Allí perdí a mi esposa, a quien adoraba”, dice nada más Antonio Machado de Soria. Aparte leves insinuaciones, la alusión directa poética es casi muda en la lira de Antonio. ¿Más hondo su dolor que el de Jorge? No. Almas distintas.

García de Vegueta, más que una serena elegía en prosa a la muerte de su padre, ha recreado con primoroso estilo y aire azorinianos el tema *ritornelo* sinfónico de las nubes. Las maravillosas nubes de *Castilla*; los días de su niñez en el nostálgico barrio de Vegueta, del que en una

ocasión dije que se había parado allí el tiempo. Con primoroso puntillismo de oraciones yuxtapuesta—¡ay Azorín!—y personales y poéticas metáforas: “los álamos—verde y plata—cara y cruz—lanzan al aire alegremente las monedas de sus hojas” o el “rojo asterisco de la estrella de mar abre una pausa de silencio entre ola y ola”, compone el autor un bello poema en el que alternan los evocadores recuerdos de la infancia con las notas de paisaje, alguna vez un paisaje de fauna marina tomado del gran poema pictórico de Néstor, como puede verse en la pág. 22 en donde gueldes de color cinabrio, fulas violetas y rescacios encarnados respuntan la transparencia de las aguas.

La desconsolada pregunta sin respuesta: “¿Por qué, Señor, ha muerto?”, es el hondo *leit-motiv* que a manera de rezo se intercala en estos hondos recuerdos de lejanos días: la bondad natural del padre que alternaba una sabiduría leguleya de Alcubilla con esa otra inefable, maravillosa de distinguir el canto del capirote del canto del pájaro pinto... Un padre así mereció haber sido marino rey de una diminuta isla que nunca se compró; la subida a la torre del reloj de la catedral, la misa tempranera en San Agustín, la visita al campo, la casona de la abuela materna—“un verdadero palacio”—, la juventud del padre y la evocadora estampa romántica del noviazgo con la madre o la vuelta del tío marino a quien hicieron funerales al saberse el naufragio...

Todo esto primorosamente descrito y hondamente sentido. El dolor y el recuerdo se ha trasmutado en broche poético. Después, el rápido crecimiento del autobiógrafo—esta “Elegía” es más bien una autobiografía—; el Instituto, la primera novia, la guerra, los viajes... Y las azorinianas nubes y el azoriniano tiempo y el todo se acaba menos Dios.

La edición, preciosa. Hermoso papel hilo, finísimas y evocadoras viñetas; inadvertidas erratas. Dadivosos dones con que García de Vegueta, uno de nuestros más finos y cuidados escritores, de acento literario sólo entre nosotros comparable a la cuidada y fina pluma de Andrés de Lorenzo Cáceres, ha embellecido tan exquisita obra de fondo y forma.

**María Rosa ALONSO.**

**Manuel CASTAÑEDA GONZALEZ.**—“Sombra sin forma”. [Versos]. Isla de Tenerife, 1946. 28 págs, en 8º. Imprenta de Curbelo, La Laguna.

Con verdadero gusto escribimos que el joven poeta Castañeda avanza seguro y más firme por los difíciles caminos de la poesía. Castañeda abandona aquellos resabios que advertíamos al anotar en estas mismas páginas la salida de su primer libro *Poemas del amor y del recuerdo*. Adscri-

biendo su estilística a la del moderno cuño de poesía, Manuel Castañeda es un poeta joven de nuestro tiempo, puesto ya en la razón poética actual y con quien se puede dialogar, a pesar de que no recite bien sus propios versos.

Nueve composiciones integran este breve cuadernito *Sombra sin forma*: cinco sonetos, un romance, una composición de endecasílabos asonantados que por el tono lírico no nos atrevemos a llamar romance heróico, otra en décimas y, la final, en alejandrinos sueltos.

Tan impecable de virtuosismo técnico es este delantal poético que Castañeda nos brinda, que incluso puede llevarle a la facilidad peligrosa de la retórica. El soneto I, por no citarlos todos, es ejemplo de este feliz malabarismo formal en que el prodigio del epíteto, del genitivo de calidad o del hipérbaton sobrenadan el concepto en este mensaje de tema becqueriano pero que Castañeda recrea:

¿Qué voz o qué rumor, qué dulce y breve  
rumor a mi presencia se ha llegado?  
¿Qué sonoro batir ha despertado  
de mis sueños mis alas ya de nieve?  
¿Es viento de nostalgias quien se atreve?  
¿Qué penumbra en mi cuarto iluminado!  
¿Qué corazón sin rumbo se ha posado  
en mi alero de mirtos, mientras llueve?  
Sentí blandas mis gélidas orillas  
y una sombra sin forma, de puntillas,  
vislumbé entre la noche, que temblaba.  
¿Cuántas estrellas tuvo mi aposento!  
Sentí unos golpes y me dije: ¿el viento?  
Y era tu voz sin nombre quien llamaba.

A tan irreprochables sonetos sigue el romance *Tríptico de amor*, de típica filiación juanramoniana pero con acento propio. Las tres décimas de Navidad de gran delicadeza y dominio formal y en el poema final, *En el alba*, la retórica que de suyo imprime la grandilocuencia del alejandrino a toda composición cobra aquí un encendido sabor de campanudo vendabal. Pero el temperamento apasionado y poético que el autor posee salva los peligros y nos redime de mucho verso conceptista y fofo que con rigidez desflecada e insípida pulula por tanta página contemporánea. Una saludable virilidad, un temperamento y no escasa pericia técnica son las buenas armas que Castañeda esgrime. Un pulcro prólogo del Sr. Padrón Acosta y un soneto de Álvarez Cruz van delante de tan estimable florilegio poético, cuidadosamente impreso en los Talleres Curbelo de esta ciudad.

M. R. A.

Agustín MILLARES SALL.—“La sangre que me hierve”. Cuadernos de poesía y crítica, 1. 1946, 16 págs. en 8º. Tip. Alzola. Las Palmas de Gran Canaria.

El talento y gusto tipográfico de Juan Manuel Trujillo creó con sus, al parecer, extintas ediciones de bibliófilos una suerte de cuadernillos poéticos de contenido breve y delicada presentación que ha sido un éxito editorial creador, además de fundar una escuela tipográfica. Este cuaderno de Millares, el de Castañeda aquí en Tenerife y el de Rodríguez, de las Ediciones *Mensaje* son derivaciones del acierto de Trujillo. Cabe pensar si es la prisa de los autores en darnos su obra o la carestía de una impresión voluminosa lo que contesta a una pregunta que casi en secreto nos hemos hecho: ¿No sería mejor reunir todo esto, hacer un grueso ramillete y publicar un libro de muchas páginas?

Agustín Millares Sall nos ofrece ahora nueve sonetos en este cuaderno. No piense nadie por el título que está frente a un poeta meridional de la casta de hombre del sur que defiende—como Victoria Ocampo—la supremacía del alma y de la sangre. Ni que la vibrante e hirviente poesía de la gran escuela de Las Palmas tiene en Millares Sall un epígono. Nada de eso. Millares encauza, ordena y dirige su sangre bajo un control riguroso y armónico. Alguna vez tan encauzada va su sangre que parece enfriar, recolecta, en desfilcados endecasílabos.

Pero se trata de una voluntaria poética contenida, aunque en el soneto VI—de los más logrados—la sangre hierve de verdad:

Si has podido escuchar sin sublevarte,  
es que cierras al mundo toda puerta  
para en tu propio hielo soterrarte.

Si en tus venas la sangre no despierta,  
no tendrá la ilusión nada que darte  
cuando la nieve en fuego se convierta.

Millares es un poeta de intimidad, pero no de “interiores”. Millares resuelve técnicamente su drama poético subjetivo con una decantada estilística actual, desnuda de retórica. La dignidad del soneto V donde trata el tema de la pena, la del VII—un hermoso y desnudo soneto—y la del IX y último, de honda ascendencia reflexiva y mística, nos compensa con creces de la peor fortuna de los otros. El cojo endecasílabo primero del segundo cuarteto del soneto VIII: “Diría que son sobrenaturales”, esos cuatro tremendos gerundios de los dos últimos tercetos del primer soneto

y que no porque los usara Garcilaso resultan menos tremendos, y esos “vuelve”, “disuelve”, “resuelve”, “devuelve” del mismo soneto, de nuevo usados en el III: “devuelve”, “resuelve”, “disuelve” y “envuelve” restan frescura a las composiciones y fuerzan demasiado el *consonante*. Descuidados así ha de evitarlos tan fino y honrado poeta como Millares que “estrapearlea” con muy pocas cosas. No creo que estos *lunares* advertidos tachén mi nota de exigente. Amigo Millares: tiene usted suerte conmigo; si es Ángel Johan le cuenta a usted los acentos. Yo soy más modesta: me conformo con que los endecasílabos tengan once sílabas.

M. R. A.

Luis ALVAREZ CRUZ.—“Rincón de provincia”. Versos. Tenerife, enero de 1946. Prólogo de Rafael Láinez Alcalá, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de La Laguna, y un soneto de Manuel Verdugo. Talleres Romero. Viñeta de Davó. 16 págs. s. n. en 4º mayor.

Luis Alvarez Cruz, que ya no es un poeta novel, ha publicado su quinta edición de versos. En pleno “clima” de vanguardia tuvo la valentía de hacer su primera salida, como discípulo de Manuel Verdugo, con el libro *Senderos*, en 1927. Historiado tengo ya este movimiento en mi inédita *Historia de la Poesía en Canarias*; movimiento que tuvo sus naturales y graciosas incidencias en el modesto paisaje literario de aquel tiempo. Alvarez Cruz era entonces un joven de lecturas y gustos atrasados. En 1930 apareció su segundo libro, *Mi vaso pequeño*, con un prólogo de Zamacois. De ese año es un folleto titulado *Crisálidas*, con una presentación de “Nijota”. Y de 1932 su libro *Alamares*.

A este libro mi juventud petulante le dedicó un comentario en aquella época en que yo era un poco una empachosa “niña prodigio” que escribía hasta en los periódicos de Madrid—¡oh pasmo de precocidad!—; señalé entonces que el poeta, bien que tímidamente, se adscribía algo al “tempo” lorquiano en unos años en que la musa de Federico nos amenazó con llegar a las zonas populosas y municipales de Gustavo Adolfo; época en la que pudo verse con pavor cómo las mecanógrafas del siglo, que eran las “modistillas” del ochocientos o las “grisetas” del París de la Francia, sustitufan *Antoñito el Camborio* por aquellas inolvidables y patéticas *golondrinas* que tuvieron hasta su música.

Entonces, en 1932, escribí este párrafo que, como mío, no entrecomillo pero subrayo:

*Que tenga el poeta la sinceridad suficiente para sostener—y con*

*dignidad—una poesía subjetiva que no es acaso de nuestro tiempo (suponiendo que nuestro tiempo tenga su poesía ahora), que no es de masas, ni objetiva; que mira hacia adentro, entintada de honda melancolía y escepticismo, no es una cualidad ni un defecto. Es sencillamente una posición.*

Ahora, en 1946, casi volvería a decir lo mismo.

Y es que la poesía de Alvarez Cruz, como la de Verdugo, de quien es el mejor discípulo, es una poesía apenas narrativa, apenas colorista, pero al paso que el mundo poético de Verdugo tiene su oasis para la poesía de circunstancias, para el motivo épico de Canarias o para el mundo escultórico parnasiano—al que el maestro está en gran parte adscrito—Alvarez Cruz, en un doble rincón de provincia—el geográfico y el de su propia alma—sólo ha sensibilizado su interior para esa faceta de la poesía del maestro en que la melancolía, con aires de gran señora “decadente” de “avant la guerre”—el Verdugo de monóculo y cuello alto parisino de principios de siglo—deshojaba, desplicente y “en el secreto” las rosas amarillas del otoño.

Mas, lo que ha sido en Verdugo aire de tiempo estético y renuncia de horas cosmopolitas, cobra un aire personal y propio en Alvarez Cruz. La melancolía soterrada que se advierte en el maestro, que vivió tantas horas europeas luminosas, idas ya con las nubes de antaño de François Villon, es consustancial melancolía inserta en el alma triste, taciturna y altiva de Luis Alvarez Cruz. En vano está que nos advierta una vez cordial que en sus labios florecen los “rosales rojos de la sonrisa” o que ahora, en *Don Juan sentimental*, asegure: “Yo nunca me detengo en la añoranza”... No es verdad; el espíritu de Alvarez Cruz es un cronómetro de la melancolía y la nostalgia. El tono sentencioso, consejero, de oraciones exhortativas de muchos de sus sonetos, *No tiembles, Pon frente a la vida, No recojas la rienda*, etc., y toda la temática sentimental de *Rincón de provincia* es un hondo mensaje a la tristeza y al ensueño. Un alma sensibilizada así tiene que representar el espíritu de una ciudad como La Laguna, quintaesencia—para algunos, agónica—del espíritu provinciano.

Esta ciudad en verano, en los días dorados de su mejor otoño septentrino en fiestas puede ser una menuda y clásica ciudad, concepto que ratifica su geométrico urbanismo racionalista y colonial; es en los días en que da el sol, espléndido, en el Palacio de Nava, según tengo escrito desde hace tiempo. La ciudad “posa” entonces para una luminosa acuarela de D. Francisco Bonnin. Pero La Laguna que más impresiona al catador de ensueños es esa ciudad gris y de llovizna que ya satirizó graciosamente Viera en ligeras seguidillas y que con su clima húmedo y sus ráfagas de ventolera ha ido potenciando una Laguna estética de la que diversas generaciones literarias y artísticas han dado su visión. La Laguna ha sido en especial tema concreto para esos poetas que llamo yo de “interiores” y que se dan en España desde comienzos de siglo con un sabor local espe-

cialísimo. Esta Laguna mojada y gris es la de las hermosas acuarelas de González Suárez y la de los sonetos de Álvarez Cruz.

Este poeta íntimo y subjetivo trasmuta el mundo circundante y lo traduce en personal sentimiento y sentenciosa consideración individual. Si alguna vez el *Viejo parque simbólico*, el *Patio del Instituto* o el *Timplillo*, estampas del nativo folklore, son la llamada externa de lo regional, tales estampas coloristas que un poeta narrativo o del realismo vería objetivamente, Álvarez Cruz las capta como simple palanca o pretexto que mueve el íntimo surtidor de sus melancolías.

Cuarenta y nueve sonetos (sonetillos algunos, o sea de arte menor) integran este devocionario íntimo de Álvarez Cruz con la feliz denominación, paladinamente sentida, de *Rincón de provincia*. No faltan en él las evocaciones sentimentales de D. Juan, el simbólico e inefable aire del piano, las alusiones a la flor del cardo, tan del gusto de las estéticas románticas pero resuelto en nuestro poeta de una manera personal y positiva; la pincelada "dieciochesca" que a través de Verdugo hereda el poeta de Rubén, la evocación del Invierno y tantas más que completan este florilegio provinciano de sonetos líricos. Alguna vez el oído del autor se distrajo y, o midió mal el verso o la cesura afea el ritmo poético, tal ocurre en los sonetos titulados *El molino de las horas*, verso 11; *Patio del Instituto*, verso 11; *Del amor en fuga*, verso 10, y *Esencia de amor*, verso 4.

Para Álvarez Cruz no hay más poesía que la que la ciudad, el lejano maestro o algún poeta hispanoamericano y, sobre todo, el hontanar de su alma le brinda. El nada sabe ni quiere saber de todo eso que ha ocurrido desde Juan Ramón a nuestros actuales días: el mundo poético de Alberti, Lorca, Adriano del Valle, Bastera, Salinas, Guillén, Dámaso Alonso, Miguel Hernández, Aleixandre, etc, voluntariamente omitido, inabordable por el poeta lagunero. No aludamos a las últimas tendencias "creadoras" de las actuales escuelas poéticas que han advenido tras la madurez de un Rosales, un Vivanco o un Ridruejo...

Vuelvo a repetir: es una posición. Pero como en ella no falta la honradez personal del hombre que sólo es capaz de cribar poéticamente lo que ha sentido, el lector tiene que catarlo tal y como presenta su mensaje poético de vivo y hondo valor humano. Sus antenas son a veces tan sensibles que la visión un tanto noventaiochesca de las tierras oscuras suscita en el poeta el recuerdo de esas almas "sin amor, silenciosas / que marchan por la vida y cuyas puras rosas / florecen en sangrientos capullos otoñales". Este soneto, *Flores tardías*, representa un ejemplo hermoso del gran fondo humano y sensible de la poesía del autor.

Un soneto del maestro Verdugo y un delicado prólogo de Rafael Láinez Alcalá integran el bello cuaderno que la Litografía Romero ha impreso con pulcritud a ese hondo y melancólico poeta de "interiores" que es nuestro Álvarez Cruz.

**María Rosa ALONSO**

José Julio RODRÍGUEZ.—“Canciones en viaje”.  
Ediciones de la revista “Mensaje”. Tenerife, 1946.  
Retrato por Juan Ismael. 20 págs. s. n. en 82.  
Lit. Romero, Santa Cruz de Tenerife.

Cuando uno es tan poquita cosa que ni ha estado jamás en Madrid ni le han publicado allí un libro ni aun trabajo alguno en revistas o en periódicos y, por añadidura, no tiene allá amistades o conocimiento con gentes de valía, uno no es más que una desconocida escritora provinciana. Si además se aprovecha uno de cualquier anécdota baladí para presumir de nombre y lograr así aparecer en los “papeles”, ¿quién puede dudar de que uno sólo busca una esfímera popularidad a costa de una ilustre persona que, en cambio, es conocida por varios libros publicados en Madrid y una extensa obra periodística que le ha dado justo renombre en toda la Nación?

Tal es de esperar en esta pobrecita gente de provincia que poco sabe. Nada tiene, pues, de extraño que yo conozca escasa obra del poeta y pintor D. José Julio Rodríguez. Aparte de una media docena de artículos en el diario “La Tarde”—no los he contado—sólo he leído dos trabajos suyos en los números 25 y 30 de “La Estafeta Literaria”, de Madrid, y un soneto en el número 15 de la misma revista. No he visto algún trabajo suyo en “Solidaridad Nacional”, de Barcelona, donde me informan que ha escrito. Después, airosa colaboración poética he leído del joven autor en la nunca bien alabada revista “Mensaje”. Ésta es toda mi deficiente información.

Libros no conozco del Sr. Rodríguez más que este grato cuaderno que “Mensaje” ha tenido el buen gusto técnico de editar. Los poemas que figuran en el bello cuadercito son doce y el más extenso tiene once versos. Los versos son, en general, de arte menor aunque hay algunos endecasílabos. Todos forman estrofa irregular. Se trata, por tanto, de poesía breve.

Cuando hace unos veinte y tantos años Rafael Alberti escribió su encantador libro inicial, *Marinero en tierra*, una poesía menuda, serpenteante, de tonos de un fino popularismo que habría que entroncar en el manantial fresco de los cancioneros del siglo XV, surgió en torno a la salida de Alberti. En Tenerife tuvo esta poesía marina y *salada*—con toda la semántica del adjetivo—su feliz representante en el poeta Pedro García Cabrera que por 1928 publicó su libro de versos, *Líquenes*, como contribución marina—por isleño—y albertiana—por joven de su hora—al momento poético de entonces.

Bajo un signo análogo, marino y un tanto albertiano—sin que se pueda hablar, ni mucho menos, de influencias “directas”—escribe José Julio Rodríguez sus breves y graciosos poemitas marinos, dictados a la sombra

poética de un viaje a la muy por mí amada isla de Gran Canaria. La paloma en el mástil, la cubierta del barco, el horizonte, la visión del Teide, de la Isleta, San Telmo, el amigo en Tamaraceite—poético o real, da lo mismo—, el famoso puente del Guinguada, el balcón de la casa u hotel y la calle mayor de Triana brindan al autor sus sencillas estampas que si bien carecen de altas calidades poéticas y de novedad, no dejan por ello de resultar amables y graciosas y de una fácil poesía popular y llana que entenderemos aquí, en provincias, hasta las mujeres.

**María Rosa ALONSO**

**José PÉREZ VIDAL.**—“Contribución al estudio de la medicina popular canaria”. “Tagoro”, 1, 1944, págs. 29-88, 1 lámina.

Durante mucho tiempo los materiales folklóricos fueron sólo buscados y usados con fines literarios, como temas o detalles a propósito para inspirar las producciones de los escritores costumbristas y también de los pintores y músicos del mismo grupo “regionalista”. Cuando la ciencia ha querido apoderarse del folkllore esto ha sido censurado, sin razón a mi modo de ver, pues de lo que se trata no es de quitar estas aplicaciones del saber popular, sino de consagrarle además trabajos de método científico. En esta tendencia se ha llegado hasta considerar que una redacción simplemente legible era anticientífica y que el ideal es reducir los nuevos estudios a tablas en estilo matemático o telegráfico. Creo que se exagera; y, al parecer, si juzgásemos por este trabajo únicamente, Pérez Vidal ha caído en esta exageración. En efecto, tras unas páginas de ameno y sugestivo preliminar, expone los materiales que son objeto de estudio en forma tan escueta, tan sin comentario propio que se reducen a papeletas, a lo más anotadas a pie de página. Sin duda esto facilitará algo la consulta de un dato concreto sin necesidad de acudir a índices (como es costumbre española), pero, en cambio, no contribuirá a la difusión de estos temas entre los simples lectores aficionados. Y precisamente los estudios folklóricos necesitan de esta atención pública, para acopiar y contrastar sus materiales.

De todos modos lo dicho se refiere simplemente a método de exposición. Y además Pérez Vidal ha mostrado repetidamente que puede usar otros y aquí mismo la introducción aludida es prueba de ello. Se refiere el autor en ella al fondo común universal que se encuentra en las prácticas curanderiles y aún, remontándose algo más, al carácter mágico de la medicina primitiva. No deja esto de ser curioso, pues no puede postularse lo mismo de todas las técnicas primitivas y la medicina debería ser una técnica o arte más; ni en los más rudimentarios cultivos, ni en las industrias populares más primitivas se nota este predominio de la magia, de lo sobrenatural que ago-

bía la medicina de los pueblos naturales y la popular de los cultos en buena parte; y a ello puede atribuirse acaso el progreso extraordinariamente lento del arte médico en general.

No debe extrañar pues al autor ni a los lectores la escasa confianza que el pueblo demostraba en los antiguos facultativos y la facilidad con que se pasaba de ellos cuando venían a faltar del todo. Por lo común las prácticas del saludador eran mucho menos peligrosas si no más eficaces que las del titulado y este estado de cosas no se ha alterado hasta que la medicina científica ha entrado en nuestras Universidades y de ahí en las consultas: todo cosa de nuestros días y aun sólo parcialmente. Yo he sido todavía curado con sanguijuelas y purgantes... ¡y aun no son viejo!

Alude también el autor al intento de trabajos folklóricos iniciado hace años por el Instituto de Estudios Canarios y de los cuales se recoge precisamente una muestra en ese mismo tomo de "Tagoro". Algo se ha proseguido luego, pero en realidad se espera que alguna de las personas que han demostrado vocación y preparación para estos trabajos los oriente debidamente, pues en realidad lo hecho en 1935 fué apenas un ensayo. Por cierto que el autor parece interpretar el deseo expresado entonces de determinar los rasgos característicos de la personalidad canaria, como un supuesto de que esos rasgos han de ser netamente originales y sin trabazón con los de otros grupos humanos. No se quiso insinuar tal cosa; *nihil sub sole novum*, dijo el sabio, pero una personalidad colectiva la forma una cierta mezcla de elementos procedentes de varios orígenes. Lo que hay que saber es cuáles y cuántos son éstos.

El acopio que nos da aquí Pérez Vidal es una contribución más a este fin.

E. SERRA

Julio MARTÍNEZ SANTA-OLALLA.—"El africanismo en la Universidad y el Seminario de Historia Primitiva del Hombre". "África". números 46-47, 1945, y tirada a parte.

Esta bella revista ilustrada de estudio y propaganda de lo africano entre los españoles se ha ocupado en diversas ocasiones de asuntos interesantes para Canarias. Hoy nos referimos a un importante artículo que tiene por objeto exponer la vasta labor de investigación que realiza el Seminario de prehistoria de la Universidad de Madrid, que con el nombre arriba señalado dirige y anima el profesor Martínez Santa-Olalla. Dentro de estas investigaciones ocupan el lugar más destacado las atañentes al África y ya sólo por esto nos serían particularmente interesantes, pues las Islas Canarias por su situación geográfica no pueden negar su condición africana

y sus relaciones con el vecino continente son indudables en todo tiempo. Pero además el Seminario de Madrid estudia directamente nuestros problemas de arqueología prehispanica contando con el copioso material comparativo de que dispone y así los resultados a que llegue en tales estudios han de sernos de gran interés.

Una de sus actividades africanas fué la concurrencia como Delegado de España del Dr. Santa-Olalla a la reunión de C. I. A. O. (Congreso Internacional de Africanistas Occidentales) tenida en Dakar en 1945, a la que hemos aludido ya otras veces. Precisamente se ha constituido recientemente la Sección Canaria de dicha Delegación, de cuya organización y propósitos informaremos próximamente a los lectores de esta Revista.

E. S.

**Frédéric FALKENBURGER.**—“Ensayo de una nueva clasificación craneológica de los antiguos habitantes de Canarias”. “Actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria”, XVII, 1942 [1945], págs. 5-52.

**Hans RITTER.**—“Rasgos cromañones en huesos largos de guanches”. *Idem idem*, págs. 186-188.

Después de un prolongado intervalo de silencio hemos visto con júbilo la reaparición de la prestigiosa revista científica de la que extraemos el trabajo que vamos a comentar y que bajo la dirección del profesor Dr. Martínez Santa-Olalla se publica en Madrid. Los últimos volúmenes aparecidos, hace ya tiempo, venían con el sobretítulo de “Atlantis” y la mención de ser órgano del Instituto Bernardino de Sahagún del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. El tomo que ahora se nos ofrece, pulcramente editado y con profusión de láminas, es el correspondiente a 1942 y prescinde de aquellos añadidos superfluos, pues el Boletín—advierten los editores—no cuenta con otros medios ni representación que los de la veterana entidad que lo publica.

Contiene un interesante sumario, si bien ha tenido que prescindir de la sección bibliográfica a causa del gran retraso de fechas. El trabajo cuyo título encabeza estas líneas es de importancia especial para nosotros. Su autor (al parecer francés, a pesar de su apellido alemán) debe ser un antropólogo bien preparado a juzgar por la prudencia con que extrae conclusiones después de minuciosos cálculos y de controlar su trabajo con el de otros investigadores, cuando ello le es dable. En cambio su fuerte no es la filología y debemos dispensarle ciertos lamentables dislates con que introduce extemporáneamente su tema: “guanche procede de la palabra canaria guanarteme, jefe de tribu. Pero muy pronto perdió este sentido

para designar a todos los antiguos habitantes de Canarias", nos dice el autor, sin pestañear. Y a continuación rechaza indignado el atinado criterio de Von Behr que reserva el nombre de guanches a los aborígenes de Tenerife.

Dejemos, pues, de lado estos resbalones del autor cuando pisa terreno ajeno y volviendo a su estudio digamos que el material de que se ha valido lo constituyen los cráneos (sólo estos) conservados en las colecciones de París (Verneau y Broca) y los publicados con medidas completas por algunos autores (Hooton y Von Behr), pues los restantes que han trabajado en la antropología de nuestros aborígenes en lugar de publicar el material se han limitado a darnos sus conclusiones o a lo más las medidas medias por ellos obtenidas, inservibles para posteriores trabajos con otro método; y de otro lado, lo mismo hace ahora nuestro autor Falkenburger que considera poco útil para determinar los grupos raciales de nuestros aborígenes el índice cefálico, pues los cráneos estudiados arrojan un predominio enorme de dolicocefalos y no es posible contentarse con este solo dato. Su método consiste en el examen simultáneo de tres índices faciales, que ofrecen, esto sí, francas divergencias y con cuya combinación puede formar hasta 27 grupos. Pero ello reduce todavía su material, pues no puede aprovechar los cráneos que han perdido sus huesos faciales. En conjunto el estudio se basa en 744 cráneos, material no escaso si bien repartido muy desigualmente entre las islas: 401 de Tenerife, 176 de Canaria, 91 del Hierro, 60 de La Gomera y de La Palma y Fuerteventura sólo 8 de cada una.

Pero el autor, después de distribuir en un cuadro las 27 combinaciones de índices faciales posibles, observa que a muchas de ellas corresponden poquísimos ejemplares y otras son muy vecinas y las reúne, con lo que constituye tres grandes grupos: A, cráneos de faz y órbitas bajas con nariz fina; B, cara y órbitas también bajas, pero con nariz ancha; y C, cara y órbitas altas con nariz fina. Con las series inasimilables forma un grupo heterogéneo D, del que hay que prescindir. Aparte de estos grupos, todos dolicocefalos, reúne en otro E, los cráneos braquicefalos que ya Sergi consideró específicos y no combinables con los demás. Por ello tiene cuatro grupos claros más un residuo, en la proporción siguiente (conjunto de todas las islas): A, 35%; B, 11%; C, 30%; braquicefalos E, 11%; diversos, 13%. Esto es, un tercio del total para cada uno de los grupos A y C y el otro tercio para los demás juntos.

Estudia después detalladamente los índices de cada grupo, camino donde no le seguiremos. Nos interesa, en cambio, la distribución por islas (las cuatro de donde procede suficiente material) pero antes indicaremos el nombre que al fin da el autor a cada grupo. Al primero, A, llama "tipo guanche", siguiendo a Verneau, aunque rechazando ese nombre debería llamarse "cromagnóide", pues es el tipo que ofrece analogías con el tan famoso del paleolítico europeo. El B, es el de caracteres negroides ya seña-

lado por otros autores. El grupo C, es el "mediterráneo", el llamado semita por Verneau. El E, señalado también por muchos antropólogos, es un grupo que, siempre en pequeño porcentaje, ha sido identificado igualmente en Egipto y en Cartago antiguos y que unos han llamado "alpino", otros "armenoide", otros "mogol". Hemos indicado las respectivas proporciones en conjunto; pero pasando a cada isla, mientras se presentan en proporciones análogas en Tenerife y Gran Canaria (salvo una proporción exigua, de 4% de estos braquicéfalos en esta última isla), El Hierro da un porcentaje mayor, 18%, de negroides a expensas de los mediterráneos, y La Gomera todavía muestra mayor rareza de estos (sólo 12%); pero sustituidos, no por negroides, sino por cromagnoides (46%) y por los braquicéfalos (30%). En cambio faltan en absoluto en esta isla de La Gomera los tipos varios inclasificables que daban respetables porcentajes de 10 a 16% en las otras islas. Con ello desmiente el autor el supuesto predominio de los cromagnoides en Tenerife y acaba de arruinar el absurdo nombre de tipo guanche que él mismo les da, desconociendo el significado de esta palabra. Antes habría que llamarle tipo gomero.

Como puede verse, salvo en estas diferencias de porcentaje, estos resultados coinciden esencialmente y por métodos nuevos, y al parecer más exactos, con los establecidos por Verneau hace más de medio siglo. Parece, pues, que pisamos terreno firme en esta materia y que la futura labor debería ser la de completar y perfilar estos resultados adquiridos. A ello podría contribuir notablemente la Arqueología proporcionando a los antropólogos material más completo y de procedencia más exacta que hasta ahora. Desgraciadamente todavía los cazadores de cráneos son el tipo habitual de nuestros "antropólogos" locales.

Este metódico estudio todavía se completa con gráficos y una copiosa bibliografía de 85 títulos, que incluye todos los especiales de antropología canaria y no es lo menos valioso del trabajo.

\*\*\*

La breve nota de Ritter, en la que no se indican los materiales de que se ha servido para su comparación de huesos largos guanches con los de "raza falisca" (cistas de Altendorf, Hesse) y los de Cro-Magnon, viene a corroborar, valiéndose de otro material óseo, la identificación de Falkenburger de uno de los tipos canarios con estas razas paleolítica y neolítica, respectivamente; y su diferenciación de la raza nórdica, no explicable por simples circunstancias del medio.

E. SERRA

Juan ALVAREZ DELGADO.—“Teide. Ensayo de filología tinerfeña”.—La Laguna, Instituto de Estudios Canarios (Madrid, Aguilar), 1945. 4º, 86 páginas, tres láminas.

El estudio de la sociedad indígena de las Islas es tema que despierta sumo interés, no sólo entre el público culto insular sino también fuera del ámbito local. Casi diríamos que así ha sido desde la conquista misma, pues ya nuestros primeros cronistas consideran indispensable incluir en sus relaciones históricas un capítulo sobre “la orden con que vivían”. Pero ha tardado mucho en enfocarse el asunto desde un ángulo propiamente científico. Después de un período meramente descriptivo, en el que principalmente se deseaba contar cosas verdaderamente extraordinarias o maravillosas, viene otro romántico o mejor idílico en el que se trata de adornar a aquellos indígenas de la inocencia y ventura de habitantes del Paraíso. Pero hasta tiempos recientes, en el siglo pasado, no se piensa que hay que reunir previamente los más datos auténticos posible para sacar un conocimiento que se acerque algo a la verdad. El optimismo de los primeros científicos, desde luego extranjeros, que se acercaron a nosotros, les llevó a rápidas síntesis que carecían de base sólida. Luego viene el momento de los especialistas, de los acopiadores de materiales; su labor está muy lejos de poder darse por terminada. En el momento actual, si la antropología y el acopio y crítica de textos históricos parece que, desgraciadamente, no puede ofrecernos ya grandes novedades, es lo cierto que la lingüística, la arqueología y la etnología comparada, sobre todo esta última, apenas han establecido conclusiones generalmente aceptadas. Pero entre tanto los estudiosos y el público culto se impacientan; se cansan de tanta heurística, de tanto acopio de medios y desean llegar pronto a atisbar lo que con ellos se puede hacer.

Álvarez Delgado, el más resuelto de nuestros investigadores, se decide, al fin, en el libro que comentamos, a lanzarse por este camino. Teniendo en cuenta todos los materiales disponibles trata de reconstruir siquiera una parte del rompecabezas. Una labor de este tipo hace muchos años que nos la tenía prometida Wölfel y ella era la que le trajo precisamente a nuestro campo. Pero enseguida comprendió que sin resolver los problemas previos de acopio y selección nada podía hacerse seriamente; y los años han pasado y su ingente labor no ha salido, que sepamos, de esta etapa primera. Verdad es que gracias a tal labor y a la de otros el avance realizado en veinte años ha sido considerable y que hoy, por lo menos, sabemos ya a qué se reducen las fuentes de conocimiento con que podemos contar.

La contribución de Álvarez Delgado se había desarrollado hasta aho-

ra principalmente en el terreno lingüístico. Ocasiones hemos tenido ya de comentarla. El actual ensayo, tras un título simbólico, Teide (que además facilita las citas), dice ser no de lingüística sino de "filología tinerfeña". Aunque por desgracia estas voces son usadas a veces como sinónimas, sin entrar en una exacta definición diferencial, en la que probablemente fallaría, me bastará precisar que lingüística es un concepto más restringido, el estudio comparado de las lenguas, mientras que en la filología este estudio no es más que un material entre otros para el conocimiento completo de la cultura. En este sentido es en el que Álvarez nos habla de Filología tinerfeña, verdadero neologismo, inventado para darnos a entender que se propone reconstruir aspectos parciales (en la introducción nos advierte enseguida que no se trata de ninguna síntesis) de la cultura indígena de Tenerife, para lo cual pondrá a contribución la lingüística, sí, pero también la arqueología y la historia, esto es, las descripciones de los cronistas.

Digamos desde ahora que el ensayo, por su limitación a temas determinados y por el cuidado con que se han seleccionado los materiales, es afortunado. Acaso por abarcar terreno menos extraño para mí, me da una satisfacción que no podía sentir ante otros trabajos del autor. Aquellos temas se han concentrado en dos: a) los dioses: la religión y hieronimia tinerfeña; b) los hombres: la sociedad y la antroponimia tinerfeña. Examinemos particularmente cada uno de ellos.

De lo dicho por el cronista Azurara y del nombre divino *Acorán* deduce que los guanches adoraban una divinidad impersonal. Pero también admite que divinizaban a los astros, singularmente al Sol. No sé hasta qué punto son compatibles ambas concepciones. En apoyo de la segunda podemos traer un dato más: en la narración de la milagrosa aparición de Candelaria, que en este mismo número de *Revista de Historia* se transcribe (recensión de *Historia del reino de la China*, de González de Mendoza, por E. Hardisson) se dice que los guanches llamaron a la venerada imagen "Madre del Sol". Ésta será una retraducción de la expresión popular cristiana Madre de Dios, donde Sol = Dios. Y en efecto, Álvarez interpreta, con acierto a mi parecer, las complicadas denominaciones de Dios y de la Virgen transmitidas por Espinosa y otros, como traducciones forzadas que los guanches daban de frases cristianas, incluso desglosadas del *Pater noster*, que trataban de explicarles los religiosos. Por mi parte hallo dificultad en el doble *Acorac* y *Magec*, que en el supuesto tendrían que ser aproximadamente sinónimos.

Interesante y bien fundado lo referente a ritos religiosos, o mejor a su ausencia, pues no parece casual el silencio de las fuentes, que nos dan en cambio noticias concretas para las otras islas a que se refieren. Es más, dudo mucho que se pueda dar fe al supuesto bautismo de Espinosa y Abreu. Me parece una confusión, intencional o no, análoga a la de las hieronimias, pues estos autores, por lo común tan dignos de crédito, lo son pre-

cisamente menos en lo tocante a la vida espiritual, por el apasionado interés que en ella ponen, que les nubla su propia información.

En la breve noticia que dedica el autor a los ritos funerarios guanches me parece que, despistado por las contradictorias referencias de los escritores, ha olvidado demasiado la arqueología, a la que prometió atender. Ni las momias adosadas ni enterramientos bajo túmulo han sido vistos en Tenerife. Por mi parte dudo de que por lo común se pasase del simple mirlado. Y en cuanto al trato con los espíritus olvidó el autor un interesante pasaje de Diogo Gomes (ed. Bonnet, *Revista de Historia*, VII, 1940, pág. 99), más objetivo que aquellos religiosos.

También alude Álvarez a la lucha canaria y a su posible identidad con prácticas atléticas egipcias. El tema se presta a más desarrollo. Sospecho que un tipo de lucha parecido debía ser corriente en España y acaso fuera, del que sólo han quedado restos esporádicos; pero en el siglo XV nuestra lucha no chocaba como cosa original.

La segunda parte del libro trata de la organización social. Sienta el principio de la organización patriarcal de los guanches frente a fenómenos matriarcales en las islas orientales. Desde luego hay que reconocer que para esta isla es dudoso que haya indicio positivo de este último tipo de organización. Pero no debemos disimular que las noticias que nos dan los cronistas no sólo son incompletas sino a menudo contradictorias. Espinosa fija con precisión el sistema sucesorio, que no es precisamente por línea agnada, mientras Ca-da-Mosto nos cuenta que "chi piú potte e signore". Se nos dice que hay tres clases sociales y luego aparecen unos *sigoñes* o caudillos y unos *sahañak* o siervos que no entran claramente en ninguna de ellas. Desgraciadamente lo que ocurre es que nadie llegó a comprender bien la organización indígena y por tanto nadie la describió con precisión. Álvarez consigue resultados muy interesantes aprovechando esos cabos sueltos y su único pecado está en soslayar esas dificultades en lugar de reconocerlas explícitamente. Mencionemos algunos de sus destacados aciertos: la interpretación de *achicáxana*, trasquilados, como sentido literal del supuesto "villanos"; su prudente agnosticismo ante los "escuderos"; la explicación de *tarute*, "mensajero"; la interpretación de muchas palabras de las frases de Viana, aunque el sentido de conjunto no satisfaga a veces plenamente. Reparo pondremos, en cambio, en la trashumancia anual de costa a cumbre, que si es segura para el Sur me parece dudosa para el Norte.

Saliendo del tema de la vida social se ocupa al final de la vivienda en Tenerife. Si bien me parecen acertadas sus consideraciones sobre *tagoros* y *auchones*, creo problemática todavía la existencia de viviendas construidas en esta isla. Hasta hoy no ha hablado la arqueología; ni siquiera conocemos cuevas, no artificiales, sino simplemente mejoradas. Esto no va con los *tesgues*, de los que sí creo haber visto indicios; pero la casa pajiza, llámese o no *masiega*, voz que se me antoja española, creo es una im-

portación de los conquistadores, que de ellas hicieron La Laguna, y costó inauditos esfuerzos al Cabildo desterrarlas para "ennoblecimiento" de la ciudad. Y en cuanto a la agrupación de la población, hace poco, al hacer un sumario de la labor de la Comisaría de Excavaciones Arqueológicas en el antepasado año (*Revista de Historia*, XI, 1945, pág. 270) deducía conclusiones diametralmente opuestas a las de Álvarez; a lo que ahora añadiré que no creo que sea debida a la naturaleza del terreno la gran diferencia que en cuanto a la vivienda aborigen se nota entre esta isla y Gran Canaria, sino a diferentes premisas culturales.

Para terminar Álvarez repite su explicación del nombre *guanches*, a la cual creo no puede oponerse objeción fundada, igual que a su sinónimo *bincheni*. Todavía podré añadir en apoyo de ello que la alternancia con *a final*, *guanchas*, no es rara, lo mismo que la forma *Teida* es constante en las Datas.

En fin, creo que Álvarez ha realizado un gran esfuerzo y con resultados, en conjunto, tan firmes y amplios como son hoy posibles en las zonas que se ha señalado en esta monografía. Sin duda hay una limitación: no ha contado—ninguno de nosotros puede contar—con el auxilio de amplios conocimientos de etnografía comparada que acaso nos ayudarían mucho a despejar estas densas nieblas en que nos movemos. Este es sin duda el aspecto más débil de esas reconstrucciones de la vida de nuestros aborígenes: nos falta un erudito que, conociendo tan bien como Álvarez lo nuestro, esté habituado al ambiente de los pueblos de organización rudimentaria en sus infinitas variedades, para encajar aquellos datos sueltos en el cuadro que les corresponda y conjeturar con fundamento los rasgos esenciales perdidos. Pero si esto no es ahora posible, poner a punto nuestros materiales es una labor previa que hará acaso que lo sea un día para otros.

E. SERRA RAFOLS

Diego ANGULO ÍÑIGUEZ y Enrique MARCO DORTA.—"Historia del Arte hispanoamericano, I".—Barcelona-Buenos Aires, 1945, 4<sup>o</sup>.

La bibliografía artística española se acendra de verdaderos valores universales con la aparición de este interesantísimo primer tomo de *Historia del Arte hispanoamericano*. Bien vale la oportunidad de recoger en esta *Revista* los egregios nombres de sus autores, vinculados con orgullo a las pródigas tierras de Andalucía y Canarias. Amplio y difícil el tema, han sabido vencerlo con abundancia de estudio, de talento y de laboriosidad. Obra de primera mano, casi toda, y erizada de múltiples dificultades, ha-

bla de la auténtica universalidad del espíritu hispánico mucho mejor que todos los discursos.

En la Universidad de Sevilla primero y ahora también en la de Madrid, los dos insignes catedráticos D. Diego Angulo y D. Enrique Marco prosiguen una labor recatada y firme que ha de constituir en su día el más sólido monumento a la grandeza misionera de España. Para ello no han regateado esfuerzo ninguno, tras muchos años de constante laborar en las más difíciles condiciones. La preparación de este primer tomo ha obligado a los autores a un esfuerzo superior al corriente. Buena parte de sus capítulos son verdaderos trabajos de investigación y no de simple resumen. El libro pondrá al alcance del gran público todo un arte que sólo es conocido de reducido número de personas en los países que le dieron vida y fuera de ellos es casi ignorado, incluso por los que se dedican al estudio de la Historia del Arte, se nos dice en el prólogo. "Muchos tratadistas europeos, añade, casi no se han dado cuenta todavía de que desde mediados del siglo XVI, el arte español ha producido frutos de primer Orden al otro lado del Atlántico".

No nos es posible reseñar detenidamente el lujoso volumen editado en cuarto mayor por la casa Salvat con abundancia de planos y fotografías. Baste decir que este tomo sólo abarca la historia del arte correspondiente al desarrollo de la arquitectura en el primer siglo de la colonización, a cuyo florecimiento se le dedican 17 nutridos capítulos. El capítulo preliminar trata del arte prehispánico, y los subsiguientes, hasta el décimo inclusive, debidos a las sabias tareas de D. Diego Angulo, nos dan a conocer la arquitectura en la isla de Santo Domingo, en Méjico y en Cuba, tanto la religiosa como la civil, además de las fortificaciones del Mar Caribe. Los siete capítulos restantes es deben al catedrático de la Universidad de Sevilla D. Enrique Marco Dorta, esclarecido y laborioso hijo de Santa Cruz de Tenerife; trátase en ellos de la arquitectura en Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador Perú y Bolivia en su triple aspecto religioso, civil y militar durante el mencionado siglo XVI.

Si la honda devoción que por las enseñanzas de tan ilustres profesores sentimos la dejáramos correr en estas páginas, pudiera pensarse en las exageraciones del compañerismo más apasionado. Pero si meditamos en la novedad del tema, en la dificultad de las investigaciones, en los penosos viajes realizados para conocer personalmente los monumentos descritos, y reconocemos la grandeza espiritual que supone semejante obra, habremos de aceptar que otra vez, en estos tiempos difíciles, Andalucía y Canarias, por el esfuerzo de hijos tan laboriosos como el sevillano D. Diego Angulo y el tinerfeño D. Enrique Marco, levantan para España monumentos de imperecedera espiritualidad.

R. L. A.

Pablo ARTILES.—“Espigas”. Ensayos sobre motivos de Gran Canaria. Prólogo de Joaquín de Entrambasaguas. Las Palmas de Gran Canaria, 1946, 142 págs. en 4<sup>a</sup>. Escuela Tipográfica Salesiana.

El presbítero D. Pablo Artiles, profesor del Instituto de Enseñanza Media de Las Palmas, canario que profesa entrañable amor a su redonda isla, ha publicado su tercer libro, *Espigas*. Los que han precedido a éste fueron *De Gran Canaria a Roma*, una relación de un viaje o romería a la Ciudad Eterna, editada en 1935 y *Estampas de los pueblos de Gran Canaria. Isla Azul*, publicado en 1937.

En verdad, *Espigas* es una continuación de *Isla Azul*. Aquí como allí y ahora como antes son los pueblos de Gran Canaria con su paisaje variado y “antológico”, según decía Dionisio Ruidrejo, sus tradiciones y romerías los que inspiran al autor los dos últimos libros.

Capítulos dedicados a Las Palmas, entre ellos un sentido *Beso a la bandera*, comienzan estas *Espigas* del Sr. Artiles. Visiones del amanecer, el paisaje obligado del roque Nublo, famoso monolito que es interpretado agudamente por el autor como un pino petrificado, es decir, falsa botánica geologizada, siguen luego. Inserta después un animado cuadro de *Cena en un ventorrillo*, de amable color folklórico y gracia lingüística dialectal; paisajes de Moya y Juncadilla, con la emocionada cita al viejo “maestro Artiles”, el noble abuelo que por fin de siglo enseñó letras a todo el lugar y otros animados capítulos de sencillo valor regional y costumbrista integran el amable libro del escritor canario. Buen conocedor de los poetas regionales: Cairasco, Viana, Morales, “Quesada”, Fernando González, Tabares Bartlett, etc... y de autores españoles como Cervantes, los místicos y otros, D. Pablo Artiles nos muestra ser hombre de buenas lecturas y atinadas citas. Entre los amantes de su tierra y los canarios todos el ameno libro que reseñamos será un grato itinerario espiritual que ayudará a conocer la hermosa tierra de la Gran Canaria.

Un atinado prólogo del Sr. Entrambasaguas, en el que se destacan con precisión los capítulos más relevantes de la obra y gratas ilustraciones y portada de los dibujantes Víctor Rodríguez, José Padrón Noble y Antonio Domínguez contribuyen a realzar el estimable mérito de *Espigas*.

M. R. A.